

LA REVISTA BLANCA

Sociología, Ciencia y Arte

AÑO VII—2.ª época—NÚM. 132
Administración: Guinardó, 37

Barcelona, 15 noviembre 1928

Número suelto : 0'50 ptas.
Suscripción : 3 ptas. trim.

La acción del artista

EN una celosa soledad, el artista trata de coger lo que hay en él de más profundo o elevado, lo que hay que sea más extraño a su país o a su tiempo. Únicamente el más individual estremecimiento viene de bastante lejos para cantar lo eterno y para animar con duradera vida, una forma que nunca pasa.

El artista es el hombre de las largas paciencias amorosamente sorprendidas y delicadamente acariciadoras. A la hora precisa, la savia estalla en flores, en colores y en perfumes; la paciencia activa del artista estalla también en repentinas iluminaciones. Pero la flor ha exigido el largo y obscuro trabajo del invierno, ella misma no es más que lenta paciencia emocionada que llegará a producir el fruto y su alimenticio sabor.

El hombre de acción vive entre sus contemporáneos. Para dirigir sus voluntades, ¿hasta qué punto enajena su profunda voluntad? ¿Es que tenía acaso algunas profundidades para sacrificar? ¿No es este el que, más fuerte y consciente, quiere lo que los otros quieren? ¿No es acaso una vulgaridad más robusta y más atrevida? Dad a Napoleón deseos menos glotones y groseros que a sus mariscales y a sus soldados: no tendrá ya ningún medio de influencia para con ellos; tampoco sentirá él ninguna necesidad de mandarles o dirigirles. O, si intenta conducirles a las verdaderas bellezas, la brumosa cima hacia la cual dirigirá sus pasos, será una cruz, no un trono. Pero, el mismo apóstol, ¿no encontráis que es menos excepcional que el artista? No veis como queriendo la inmediata influencia, se ve obligado a darse *todo para todos*? Cuantas banalidades son necesarias para su

éxito. No hay duda de que simula algunas de ellas. Pero, ¿no es ya signo de pobreza y falta de profundidad el consentimiento a estas adaptaciones, la flexibilidad de amoldarse a las circunstancias y la niñería de perderse a sí mismo so pretexto de salvar a los hombres? El que se entrega incluso a la acción noble y desinteresada, de veras ha «perdido su alma». Ya no volverá a encontrarla y la palabra «sinceridad» tendrá siempre en sus labios un sentido superficial del que se reirá el artista.

Que no se presenten como objeciones los Chateaubriand, los Lamartine, los Hugo, hombres magníficamente dotados, pero, más que artistas, improvisadores, más enamorados del efecto que estudiosos de la perfección. Además, ¿cuánto les desilusionó la acción! ¿Quién lee aún, si no es para documentarse sobre el autor, «El Genio del Cristianismo», «La Historia de los Girondinos» o «Napoleón el Pequeño»? Muchas otras obras, más desinteresadas, hanse marchitado porque la acción ha deformado al hombre mismo. Si Chateaubriand no hubiese sido un restaurador de la religión, sus «Mártires» tendrían una poesía más equilibrada y flexible. Nos evitarían tantas escenas pueriles en el infierno y en el cielo. Y no nos reiríamos al ver como el escritor realizaba lo contrario de lo que se proponía, poeta con sus paganos, aburrido con sus cristianos, emocionante cuando describe a la apasionada Velleda, monótono y soso cuando dibuja la inconstancia de Cimodocca. Lamartine salió, de su larga aventura política, maduro para la literatura industrial, para las fijas improvisaciones del «Curso de literatura»; nos vendrían ganas